



NOCIONES DE ARQUITECTURA

AL ALCANCE DE TODOS.

CONCLUSION DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Es curioso saber que los egipcios representaron por medio de colosales ídolos, ó jeroglíficos, á sus dioses celestes, habiendo sido *Ammon* el que representó el principio misterioso de todas las cosas; *Neith*, el agua primitiva; *Pacht*, el espacio primitivo; *Sevek*, el tiempo, y el dios *Pan* (no era el de trigo) simbolizó el espíritu creador. Estos apreciables sujetos eran nada ménos que *dioses celestes*. Otros más inferiores, y con la categoría de *dioses terrestres*, se los conocía por los nombres de: *Osiris*, que era el juez de la humanidad, ántes y despues de la muerte; *Isis* fué la señora del anterior; *Typhon*, hermano de *Osiris*, le mató para quitarle del trono, mas no contó con la huéspedada, porque *Horus*, hijo de

Osiris, vengó á éste, habiéndole ayudado en la faena su madre *Isis*.

Ya comprendéis, simpáticos lectores, que la *idolatría* de los antiguos egipcios, y luégo la de los griegos y romanos, eran un cúmulo de fantásticas imágenes y fábulas, que han desaparecido ante el esplendor santo de nuestra única religion verdadera del catolicismo.

En las inscripciones jeroglíficas egipcias se representaba al dios *Ammon* con una cabeza de carnero ó de gavilan; el dios *Phtha*, patrono de la ciudad de Ménfis, estaba simbolizado por un *escarabajo*; *Neith*, diosa de la sabiduría, ó *Minerva*, se la representaba nada ménos que con *cabeza de leon* ó de *buitre*. *Osiris* tenía la cabeza de un toro; *Anubis*, cabeza

de chacal; y el dios *Thot*, cuerpo de mico y cabeza de perro.—Con tales *caretas* y feroces *máscaras*, no es extraña la supersticiosa adoracion

que recibieron aquellos monstruos.

Como obra de arte, es innegable que la escultura egipcia, en medio de su rigidez de formas, tiene extraor-



FIG. 14.—Templo de Isis en Denderah.

dinario mérito por la paciencia admirable con que llegaron á labrar el más duro granito.

Entre las estatuas colosales que labraron, están las del templo subterráneo de Abu-Simbel, ó de Ibsam-

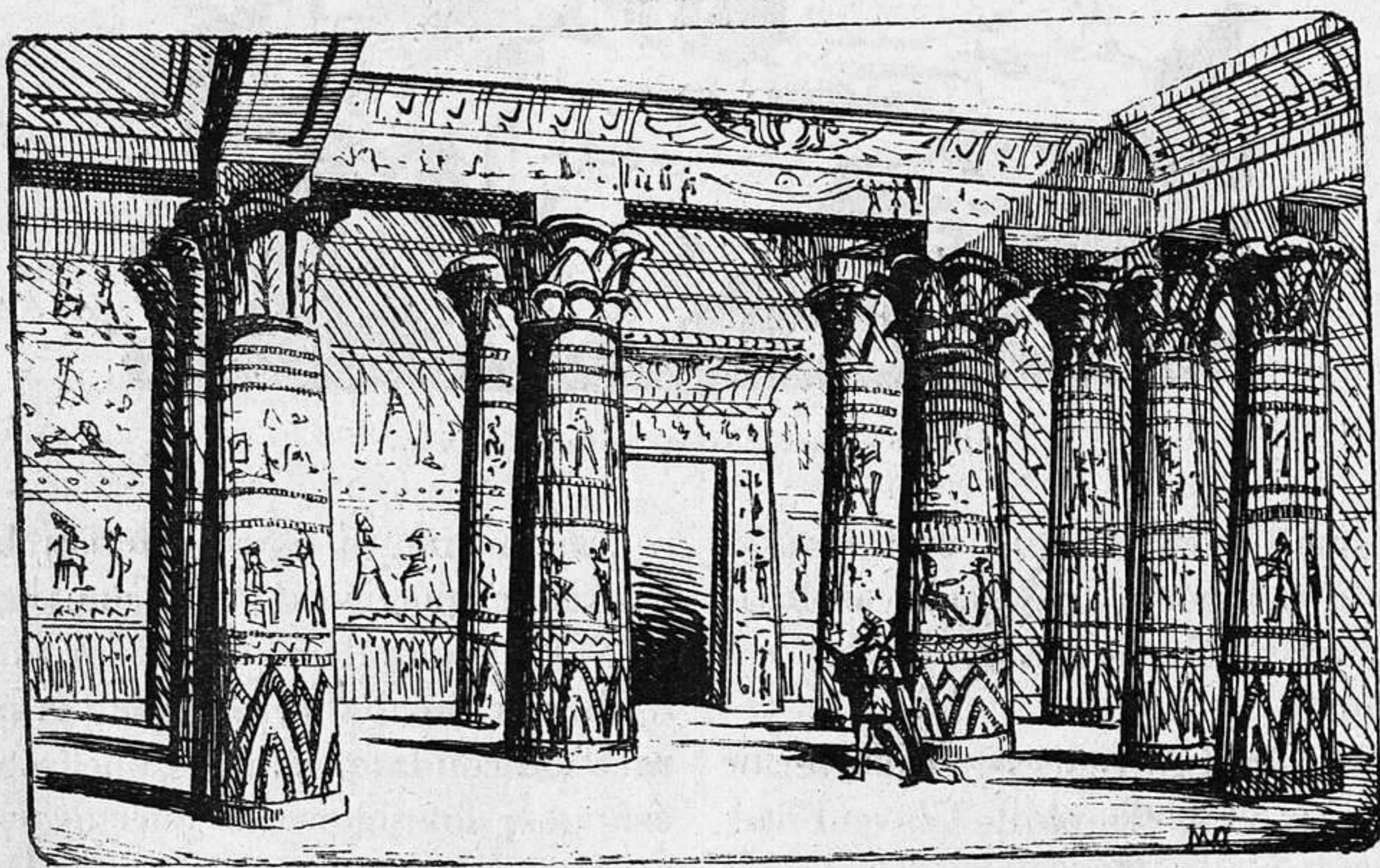


FIG. 15.—Grandioso templo de Isis en Filae.

boul, en la Nubia. En la puerta hay cuatro estatuas sentadas, de 60 piés de altura, y representando á Ramses II. Dentro del templo hay otras seis figuras del rey, de 35 piés de altura.

Los obeliscos eran altísimas piedras monolíticas, llenas de jeroglíficos é inscripciones simbólicas, y de forma piramidal, de base cuadrada. El obelisco que hay en París, plaza de la Concordia, se trasportó allí

desde Luqsor, cuando Napoleon hizo su expedicion á Egipto. De este país es tambien el obelisco de la plaza de San Pedro en Roma.

Los templos egipcios tenían por lo regular al exterior la forma de una gran pirámide truncada, con sus muros inclinados, y jeroglíficos en ellos, terminados por una amplia

moldura cóncava, que servia de cornisamiento general.

En la figura 14 se representa el templo de Isis en Denderah, cuyas columnas ó soportes eran piedras cilíndricas, con capiteles (palabra originaria de *caput*, cabeza), adornados sus cuatro frentes con las cabezas de Isis, y terminando las columnas en

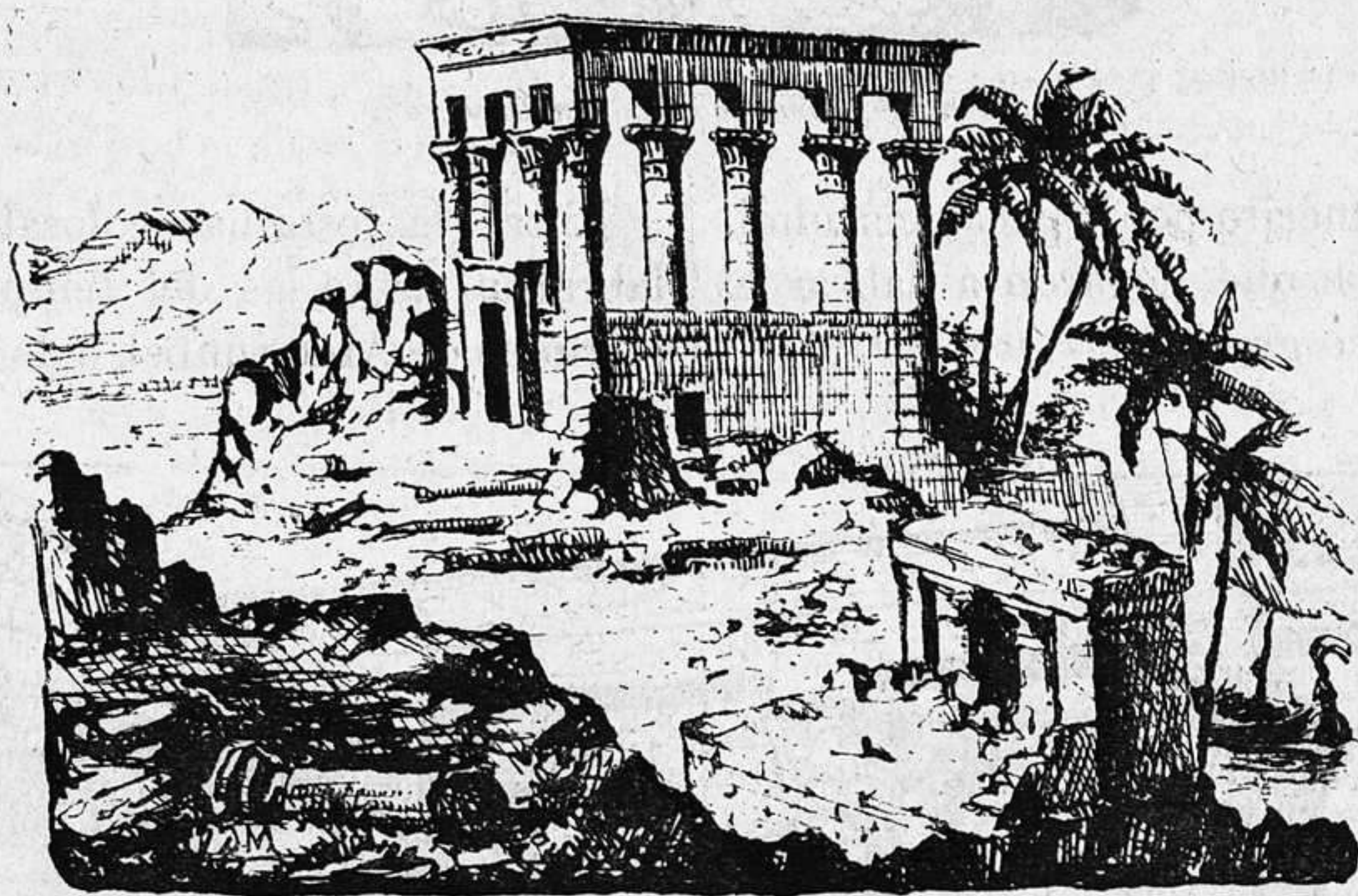


FIG. 16.—Ruinas de un templo de la Nubia.

prismas ó cubos que sostenian el *dintel* del pórtico, ó sean las losas horizontales, apoyadas en las columnas.

La figura 15 representa el interior del grandioso templo de Isis en Filae.

Aquí se ven los muros y columnas con pinturas emblemáticas, siendo los colores el amarillo, azul, verde y rojo. Los capiteles representan la forma del cáliz, de la flor del lotus, ó la del papyrus.

Finalmente, la figura 16 son las ruinas del pórtico de un templo de la Nubia que todavía se conserva.

En resúmen, el arte egipcio lo caracterizaron las pirámides, obeliscos, esfinges, los pilones ó puertas monumentales, y templos, que más tarde dieron origen á la bella arquitectura de los griegos.

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

NOTA.—En la figura 12 se puso *Mesde* en vez de *Merœe*.

LOS DOS LABRIEGOS.

FÁBULA.

Rendidos del cansancio del viaje,
Al caer una tarde del estío,
Por una selva umbrosa y solitaria
Seguian dos labriegos su camino.

La fortuna ambos iban maldiciendo,
Que á la pobreza condenarles quiso,
Cuando de pronto sobre el blando césped
Encontróse uno de ellos un bolsillo.

« ¡ Es oro!.....—dijo, loco de contento,
Mostrando al compañero el contenido
De la bolsa.— ¡ Es dinero! ¡ Me depara
La fortuna la dicha de ser rico!

« Con el dinero este que poseo,
Y que nadie negar puede que es mio,
Supuesto que lo hallé, con opulencia
Voy á vivir desde mañana mismo.

» Él me abrirá las puertas de la dicha,
Goces proporcionándome infinitos,
Mesa abundante, confortables trajes,
Lujosos trenes y otros atavíos.

» — ¡ Desecha esa ilusion! — su compañero
Dijo despues de oírle; — ese bolsillo
Que has hallado no es tuyo, pues es lógico
Que alguno en esta selva lo ha perdido.

» Por lo tanto, á poblado apénas llegues
Debes buscar al dueño con sigilo,
Y en el caso que el tal no apareciera
El oro que hay en él partir conmigo.

» — ¡ Partir mi capital! y ¡ por qué causa?
— Conmigo lo has hallado, y creo lícito
Que si su dueño al cabo no aparece
A los dos el hallazgo nos dé alivio.

» — ¡ A los dos? ¡ Te equivocas! Yo tan sólo
Del lugar donde estaba lo he cogido,
Y pues la suerte lo puso ante mi paso,
Nadie puede, en verdad, negar que es mio.»

Disputando á la vez sobre el dinero
Siguiéron los labriegos su camino,
Pero en lo más espeso de la selva
Sorprendióles el ¡ *alto!* de un bandido.

« ¡ Ayúdame, por Dios, en este trance,
Porque si no los dos somos perdidos! »,
De súbito exclamó, de terror lleno,
El infeliz labriego del bolsillo.

» — *¿ Los dos?* repuso el otro, — te equivocas:
¡ Tú eres sólo el que aquí corre peligro!
¡ Yo á nadie en este sitio temer debo,
Pues ningun capital llevo conmigo! »

Y despues de decir estas palabras,
Presuroso alejóse de aquel sitio,
Sin proteccion dejando al compañero,
Que asesinado fué por el bandido.

*El que cuando la suerte le sonrie
Sólo piensa, lectores, en sí mismo,
En las contrariedades é infortunios
Nunca espere encontrar ningun amigo.*

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.



EN LA NIEBLA.

(Continuacion.)

—¿Qué demonios sucede? pregunté al cochero.

—Nada, señorito, que el caballo se ha metido en la garita de un centinela.

Pensé que aquel benemérito caballo habria servido en un regimiento, y se acordaria de las horas de centinela que sin duda habria pasado al abrigo de la garita. El animal me interesaba, y mucho más cuando vi los denuestos con que le saludaba el cochero, y los latigazos que le sacudia para hacerle salir de la garita.

—¡Maldito seas! gritaba el auriga..... ¡Anda! ¡anda! ¡ahora se me cae el sombrero!... Pero, condenado, ¿no saldrás de la garita?....

Salí del coche, quise en vano encender fósforos, que se apagaban instantáneamente, y ayudé al autome-donte á buscar su sombrero, empresa difícil, porque estaba precisamente debajo de la rueda, y en el estado que pueden VV. suponer.

El pobre caballo pagó esta desgracia del sombrero, sufriendo unas cuantas coces que le dió el airado cochero, y al fin, haciendo un violento movimiento, salió de la garita.

Y á todo esto el auriga seguia sacudiéndole cachetes, con lo cual se espantaba el animal, con lo cual, al salir el coche de la garita, enganchó

con la rueda un hierro de la misma, y por poco se nos viene la garita encima.

Y allí quedó el coche inmóvil, como un buque encallado entre dos rocas.

Yo creí que el cochero iba á ponerse más [furioso, pero no; calmóse súbitamente, y cruzándose de brazos, me dijo severamente:

—Ya ve V. lo que me pasa por el gusto de V. de andar en coche en una noche como ésta. He pegado al caballo, he estropeado el coche, y ahora sólo falta que venga la guardia y me lleven á la prevencion. Ríase usted, hombre, ríase V.

El cochero tenía razon hasta cierto punto. Metí la mano en el bolsillo, y le consolé de la única manera que puede consolarse á un cochero cuyo carruaje ha sufrido notable avería y cuyo sombrero ha caido bajo una rueda.

—Gracias, me dijo: despues de todo es V. un señorito; lo que es que usted es un señorito se le conoce en sus acciones, pero mire V., lo mejor que hay que hacer es desenganchar yo el caballo, y ver si puedo sacar el coche, y V. seguir á pié su camino á las Vistillas por ese *vaduto* ó *conduto* ú como se llame.

—Pero el coche, le dije, no es

posible que salga de aquí sin peligro de que la garita, mal segura, caiga encima.

—Bueno, dejaré aquí el coche, llevaré el caballo á la cuadra, diré al amo lo que ha pasado, y vendrán carpinteros á sacarle, si es posible sacarle.

Despedíme del cochero, y avancé lentamente en aquella densísima oscuridad. De pronto oí un gemido que parecia salir de bajo tierra.

II.

Abrí mucho los ojos y miré para descubrir el origen de aquel quejido, pero mis piés fueron los que descubrieron lo que allí habia. Era que habia pisado yo á alguién. No era un grito de hombre el que oí, sino el grito de una voz fresca, dulce, juvenil. Me incliné, alargué los brazos y encontré otros dos brazos, de los que tiré suavemente á fin de ayudar á ponerse en pié á la persona á quien pertenecian los dos brazos. Era una jóven, estaba sentada en el suelo frio y húmedo, sollozando y tiritando.

Sus brazos estaban helados.

—Estoy perdida, me dijo con voz débil. Hace dos horas que me hallo en esta plaza sin poder salir de ella. Conmigo estaba mi hijo, y le he perdido. ¡Dios mio! ¡Hijo de mi vida! ¡Qué va á ser de él? ¡Qué va á ser de mí? ¡Antonio! ¡Antonio! ¡Tónico! gritó la desventurada madre con acento desgarrador.

—Pero, ¿cuándo ha perdido Vd. á su hijo? ¿Tiene V. algun indicio?

—No sé nada, no sé nada, estoy loca. Hace cinco minutos, cinco siglos me parecen, estaba aquí, á mi lado. Yo le llevaba en brazos, y para descansar un poco le habia sentado sobre mis rodillas. De pronto sentí que se separaba de mí, porque yo le habia dicho imprudentemente:

—¡Hijo mio, cuánto pesas!, como si una madre pudiera decir eso. Dios me ha castigado, porque he perdido á mi hijo.

—Pero ¿cómo ha desaparecido el niño?

—Mire V., él tiene mucho miedo á los coches; hace poco oimos el ruido de uno que pasaba aquí cerca, el niño mismo huyó instintivamente. Le he llamado mil veces, y nada; en esta densa oscuridad, Dios sabe á dónde habrá ido; acaso, hijo mio, le habrá atropellado ese coche.

—No, señora, me apresuré á decir, porque en ese coche venía yo, y nada de lo que V. teme ha sucedido.

—Entonces, ¿por qué no me responde mi hijo?

—Acaso no ha oido la voz de su madre.

Y con todas mis fuerzas llamé á Antonio diez ó doce veces, pero en vano.

—Por Dios, caballero, me dijo la pobre madre; llámele V. Tónico, que es como le llama siempre su padre.

—Y obligando á mis pulmones á hacer un supremo esfuerzo, grité

¡Tónico! diferentes veces, sin que obtuviéramos mejor resultado.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Cómo voy yo á casa sin mi hijo? Su padre se morirá de pena, y yo... ¡Oh! ¡Es imposible! Yo no puedo ir á decir á su padre que nuestro hijo se ha perdido.

— Señora, le dije, tranquilícese V.; aquí estoy yo dispuesto á buscar á su hijo, y me prometo encontrarle. No se mueva V. de aquí, voy á recorrer la plaza, á buscar serenos, agentes de orden público, y todos irémos luégo á registrar todos los bancos, todos los jardines, todos los portales. Yo aseguro á V. que le traeré á su hijo. ¿Qué edad tiene?

— Tiene tres años, va muy bien vestido, muy abrigado, con su gabancito de astrakan; lleva los cabellos muy largos, es rubio, hermoso. Hemos estado en casa de mi madre, y á la salida nos hemos visto envueltos en esta horrible oscuridad, sin hallar un coche que nos llevara á casa. ¡Y el pobrecito decía que era tan bonito ir en brazos de mamá en la oscuridad! Por Dios, caballero, no deje V. de llamar á Tónico; si oye la voz de V. creerá acaso que es la de su papá, y él responderá. Dios pagará á V., caballero, este gran beneficio.

— Efectivamente, empecé nuevamente á gritar ¡Tónico! ¡Tónico! y me puse en marcha.

Para calentármelas, metí las manos en los bolsillos, y tropecé con mis llaves; entónces me ocurrió que

con ayuda de alguna de ellas podría producir un sonido agudo que fuera más susceptible de oirse que mi voz. A lo léjos veía algunas lucecitas errantes, que eran, sin duda, farolillos de serenos ó de agentes de orden público encargados de velar en aquella impenetrable oscuridad. Silbé con todas mis fuerzas, deseoso de que tomáran el silbido por aviso de algun compañero suyo. De cada una de mis llaves procuré sacar los más agudos sonidos, y hubiera querido en aquel momento tener la facilidad de silbar como una locomotora.

Me pareció que avanzaba una de las luces, y en la direccion que traía avancé yo, silbando siempre, hasta que el que venía con la luz me gritó:

— ¡Eh! ¡Alto! ¿Quién va? ¡Date!

— Poco á poco, no soy un ladron; soy un caballero que necesita el auxilio de los dignos agentes de la autoridad.

— ¿Qué pájaro es éste?, murmuró el de la luz.

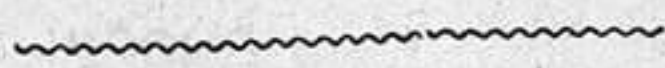
— Algun loco, ó algun borracho, respondió otra voz de hombre, á quien yo no veía en aquellas profundas tinieblas.

— No hagan VV. juicios temerarios, les dije. Soy un hombre honrado, que necesito del auxilio de VV. para que me ayuden á encontrar un niño de tres años, perdido en esta oscuridad. ¿Le han hallado ustedes por ventura?

— No, señor, me dijo el sereno.

(Se continuará.)

P. J. STAHL.



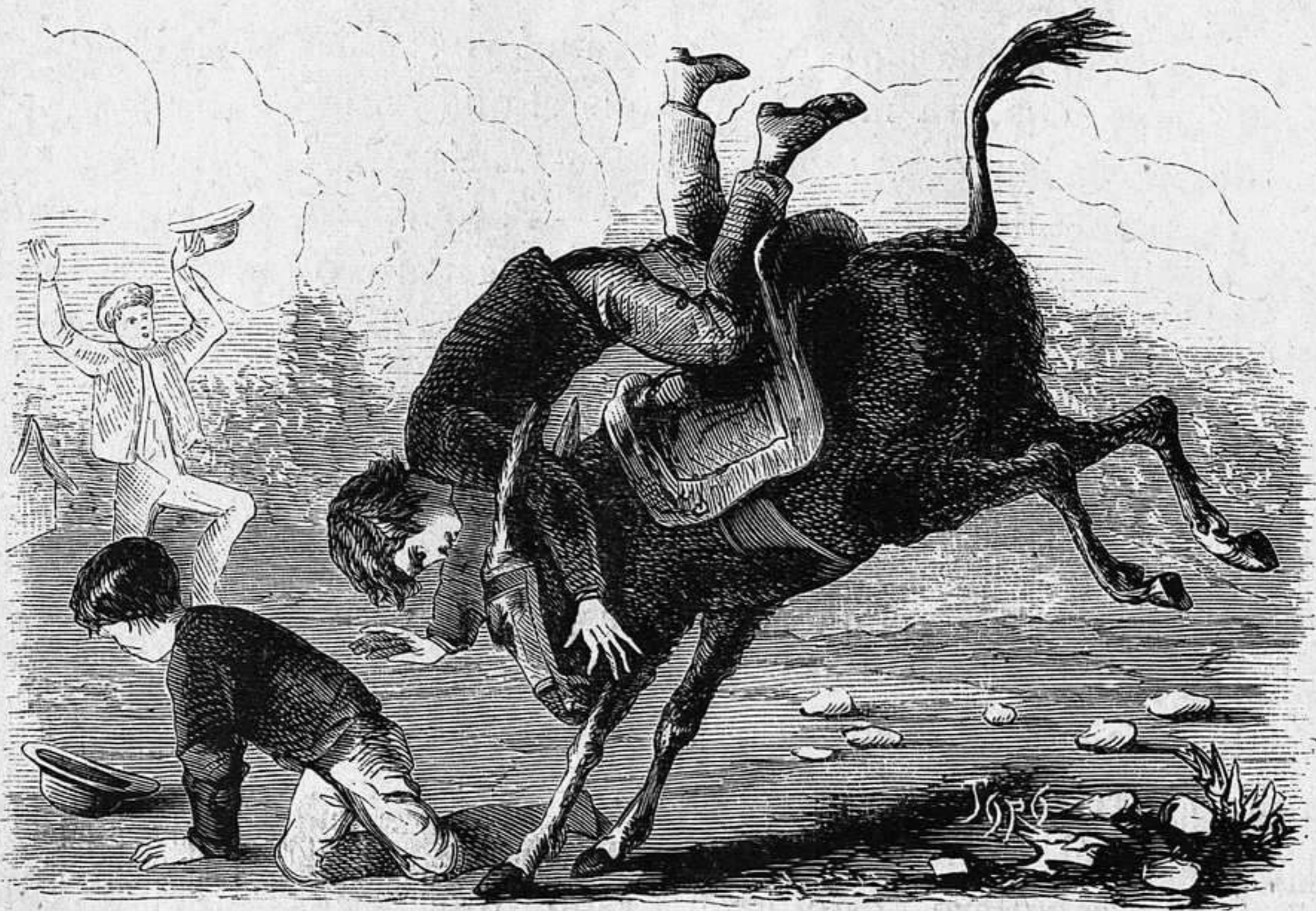
CUENTO.

A un pobre dió dos cuartos
 Un avariento,
 Y adivinando el pobre
 Sus pensamientos,
 Dijo al avaro:
 —Muy poco paraíso
 Dan por dos cuartos.—
 Y al ver que un niño humilde

No tuvo otra,
 Y en la misma moneda
 Le dió limosna,
 Dijole al niño:
 —¡Tú compras por dos cuartos
 El paraíso!

JULIO ALARCON Y MELENDEZ.

~~~~~

 ESCENAS INFANTILES.


Estos niños, han querido jugar con el borriquito, paciente animal, muy bueno y sufrido; pero tanto le han mortificado los niños, tanto le han pinchado y desesperado, que al fin ha querido demostrarles que no es conveniente abusar de la paciencia de los mismos animales, y dando un respingo les ha arrojado al suelo, causándoles contusiones que no olvidarán fácilmente.

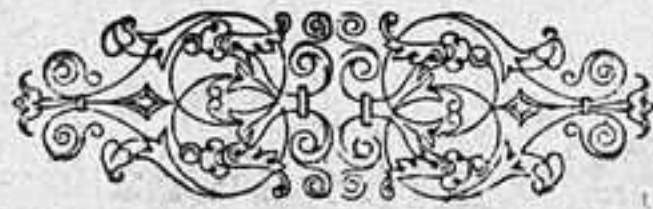




## ESCENAS INFANTILES.



El niño no quiere estar con la niñera, ni con su nodriza, ni con otros criados: perdió á su pobre madre, y con admirable instinto se ampara de su padre, y siempre quiere estar con él. Cuando su padre sale de casa, el niño queda triste; cuando le ve volver, se alegra, y todo su afán es jugar con él y recibir las caricias con que le manifiesta su amor paternal. Los niños, en verdad, no tienen mejores amigos que sus padres; de éstos no pueden esperar más que beneficios.



## SEMANA SANTA.

## DOMINGO DE RAMOS.

¿A dónde vas, Jerusalen, gozosa,  
 Y por calles y plazas te derramas,  
 Y bendices y aclamas  
 Con unánime voz y poderosa?  
 ¿Por qué extingues tus odios ó los calmas?  
 ¿Por qué sube tu «¡hosanna!» á las alturas,  
 Alfombra al suelo dan tus vestiduras  
 Y te agitas alegre con tus palmas?  
 ¿Qué Emperador invicto, qué guerrero  
 De claro nombre, de inmortal historia,  
 A tí llega triunfante y altanero,  
 Extiende tu poder, alza tu gloria?  
 ¿Dónde el carro triunfal y los vencidos,  
 Y los tesoros á tus piés rendidos?  
 Ya llega.... le detiene en su camino  
 Del pueblo el entusiasmo y los clamores....  
 Es, entre miserables pescadores,  
 Un hombre que cabalga en un pollino.  
 ¿Qué poder hay en él? ¿Qué magia tiene?  
 ¿Quién le envía? ¿Quién es? ¿De dónde viene?  
 Vuelve «¡hosanna!» á clamar la muchedumbre;  
 Él pasa silencioso y la bendice....  
 Su humilde mansedumbre,  
 Jerusalen soberbia, ¿qué te dice?  
 ¿Qué son los homenajes reverentes  
 De tu amor como un eco prolongado?  
 ¿Qué voz has escuchado,  
 Ciudad de Salomon? Dime, ¿qué sientes?  
 ¿Quién se agita en tu seno?  
 ¿Por qué rayo de luz has sido herida?  
 El humilde y triunfante Nazareno  
 ¿Es nuncio de tu muerte ó de tu vida?  
 Dicen de ese mortal cosas extrañas....  
 Sin ser sabio confunde á los doctores,  
 A inocentes bendice y pecadores,  
 Y sube á predicar á las montañas,  
 Y le siguen los hombres á millares,  
 A su palabra el corazón abierto;  
 Los panes multiplica en el desierto,

Y camina á lo largo de los mares,  
 Calma la tempestad; en lo profundo  
 Del corazón penetra y sus arcanos,  
 Y dice que los hombres son hermanos,  
 Y dice que su reino no es del mundo.  
 Los que con fe le imploran  
 Contemplan asombrados mil portentos;  
 Dice que son dichosos los que lloran  
 Y los que de justicia están sedientos,  
 Y busca entre los pobres sus amigos,  
 Y ama y ordena amar los enemigos.  
 Él, que es de mansedumbre dulce ejemplo,  
 Y perdona y consuela,  
 Los mercaderes con rigor flagela,  
 Que han convertido en mostrador el templo.  
 Él parece decir: —De culpas tantas  
 La más abominable y más impía  
 Es buscar en el templo granjería,  
 Es profanar sin fe las cosas santas.—  
 Pregunta estremecido el fariseo:  
 —¿Quién del Señor la ley así interpreta?  
 —¿Quién es el Galileo? —  
 El pueblo le responde: —Es un profeta.  
 —¡Hosanna en las alturas, y bendito  
 Aquel que viene del Señor en nombre! —  
 ¡Israel! ¡Israel! llegó á tí el Hombre  
 Y empíezase á cumplir lo que está escrito,  
 Aclamas entusiasta al Nazareno;  
 ¿Por qué así melancólico te mira,  
 De tí se aleja, de amargura lleno,  
 Y sólo con los suyos se retira?  
 Tú contemplas el triunfo alborozado,  
 Él la pasión que empieza;  
 Tú sientes su grandeza,  
 Él sabe tu protervia y tu pecado.  
 Ese hombre es la verdad, en torno acudes;  
 Él ve tu corazón, su horrible llaga....  
 ¿Qué es la verdad á un pueblo sin virtudes?  
 Luz que brilla un momento y que se apaga.  
 Tú le miras salir del santuario,  
 Y á darle incienso y mirra te dispones;  
 Él contempla el camino del Calvario

Entre el fuego infernal de tus pasiones.  
 Esa pompa triunfal darle te plugo  
 Como el brándis sangriento de un verdugo.  
 Hoy á su Dios aclama soberano  
 Jerusalem, el pueblo deicida.....  
 Ese triunfo, esa cruz..... dime, cristiano,  
 ¿Qué sientes en el alma estremecida?  
 ¿No entra en ella tu Dios? De su presencia  
 ¿No son claras señales  
 Tantas aspiraciones celestiales  
 Y el divino fulgor de tu conciencia?  
 ¿Cómo el tributo impío á dar acudes,  
 Mueves á la justicia dura guerra,  
 Eres á la maldad fecunda tierra,  
 Y estéril al dolor y las virtudes?  
 El creyente que, ciego ó temerario,  
 La ley infringe que divina llama,  
 ¿No es la ciudad que al Redentor aclama,  
 Y le inmola despues en el Calvario?  
 ¡Oh! ¡Señor de Israel! Si el alma mia  
 Pura á tí no se unió con lazo estrecho,  
 Si yo pequé tambien, ¿con qué derecho  
 Llego á exclamar: ¡Jerusalen impía!?  
 Es su crimen horrendo, abominable,  
 Es su culpa inaudita:  
 ¡Ay! conciencia, medita  
 Y hallarás alto aviso y saludable.  
 Él te dice: — Cristiano,  
 La gracia de tu Dios, tu amor ardiente,  
 No sin dejar señal cruce tu mente  
 Como nave que surca el Océano;  
 Que la santa verdad á tí venida  
 Reine en tu corazon, viva en tu alma:  
 No, despues de ofrecerle hermosa palma,  
 La inmoles como el pueblo deicida.  
 No soberbio te muestres é indignado,  
 Toma una gran leccion de un gran pecado.

CONCEPCION ARENAL.

### LA PASION DEL SEÑOR.

¿Y espiras, Jesus mio, cuando eres tú la vida?  
 ¿Y á tí llega la muerte cuando eres inmortal?...  
 ¿Y siendo la inocencia del cielo descendida,  
 Sucumbes cual pudiera morir un criminal?...

¿Fué la Justicia Eterna la que en el vil madero  
 Dejó clavar al hombre tus manos y tus piés,  
 Teniéndote desnudo, castísimo cordero,  
 En agonía horrenda mortales horas tres?...  
 Sí; decreto del Padre fué tu cruel suplicio,  
 Cuando de ajenas deudas te hiciste fiador,  
 Pagando con inmenso, cruento sacrificio  
 Lo que pagar no pudo jamas el pecador.  
 Pero, siendo infinitos tu poder y tu ciencia,  
 ¿No era dable otro medio que morir en cruz?  
 ¿No pudo hacer justicia tu excelsa omnipoten-  
 [cia,  
 Como hicieras del caos los mundos y la luz?  
 ¡Oh! no hay duda; pudiste la redencion huma-  
 Hacer con un suspiro, con sólo tu querer, [na  
 Y la justicia eterna tu diestra soberana  
 Pudo dejar cumplida sin tanto padecer...  
 Mas, en tus altos juicios, de amor el atributo  
 Poniéndose delante, los otros eclipsó,  
 Y el *poder* y la *ciencia* rindiéronle tributo,  
 Y el Santo de los santos al hombre se igualó.  
 Amor hizo el prodigio que la razon no alcanza,  
 Y despues del suspiro postrimero exhalar,  
 Tu corazon herido del hierro de la lanza  
 Mostró, vertiendo sangre, que aún muerto  
 [quiere amar.

Amor produjo sólo las obras inmortales  
 De tu admirable vida, de tu cruel Pasion,  
 Y encerró en el sagrario tus dones celestiales,  
 Y estar entre los hombres delicias tuyas son.  
 Del Gólgota la escena, que asombro fué del  
 Renuevas cada dia como un amante fiel [ciclo,  
 Que le dice á su amada, con fervoroso anhelo:  
 «Mi corazon es tuyo, vén á morir en él.»  
 Si, pues, moriste amando, Jesus del alma mia,  
 Y amor por mí te tiene cautivo en el altar,  
 Haz tú que amarte sea mi gloria y mi alegría,  
 Y que tu dulce nombre pronuncie al espirar.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCON.

### EL DIA DE LA PASION.

La luz filtrada de la Virgen pura  
 Tocó la melancólica cabeza,  
 Que en ella se volvió luz de ternura,  
 De esperanza, de paz y de tristeza.

Y alrededor, en círculo inefable,  
 Más bien que luz, junto á sus sienes bellas,  
 Compusieron un flanco incomparable  
 La sombra, el sol, la luna y las estrellas.

Brillaba así del tiempo en la gran hora  
 De frente maternal fulgor querido,  
 Mezcla de luz de una naciente aurora  
 Y reflejo de un sol desvanecido.

Tal de la augusta redencion del mundo  
 Alumbró los misterios de aquel día  
 Un brillo extraño, virginal, profundo,  
 Que un ángel le llamó *luz de María*.

Rodeado de esta luz inmaculada,  
 El *Consummatum est!* Cristo murmura,  
 Y ve ante sí, tendiendo una mirada,  
 La soledad, el odio y la amargura.

Bendice con su vista el mundo entero,  
 Le da un beso mental, suspira y muere;  
 El verdadero amor, si es verdadero,  
 Besa, al morir, la mano que le hiere.

RAMON DE CAMPCAMOR.

### LA VÍRGEN DE LOS DOLORES.

Oye que Simeon su mal augura;  
 Corre; oculta á Jesus en el desierto,  
 Y le pierde, y le busca en rumbo incierto,  
 Y le encuentra en la calle de Amargura.

Mira despues del Gólgota en la altura  
 Enclavado en la Cruz su cuerpo yerto,  
 Y junto al corazon le estrecha muerto,  
 Y le cierra por fin la sepultura.

¿Hay un dolor, por grande ni profundo,  
 Que pueda compararse á los dolores  
 Que le costó la redencion del mundo?

¡Y todos somos de su daño autores!  
 Pero ella es manantial del bien fecundo  
 Y ruega por nosotros pecadores.

JUAN JOSÉ HERRANZ.



## NO SE DEBE DUDAR DE DIOS NI DE SÍ MISMO.

*(Continuacion.)*

## III.

Julieta lloró á su madre como se lora la pérdida más irreparable del mundo; pero la animosa niña ni un dia ni una hora olvidó la promesa que le habia hecho, y se dedicó ardentemente al estudio.

Cuando sentia algun desaliento por efecto de las dificultades que presentaba el trabajo, cuando vacilaba su fe, iba á arrodillarse delante del retrato de su querida madre y exclamaba:

— Madre mia, que me estás mirando desde el cielo, dirige mi pensamiento, guia mi inteligencia para que no sean mis esfuerzos estériles para mis hermanitos.

El retrato que con tanto amor contemplaba la niña, era una verdadera obra maestra, firmada por uno de los más notables pintores. Largo tiempo lo estaba contemplando, y cerrando luego los ojos, recordaba á su madre sentada delante del caballete, dándole leccion.

A fuerza de mirar el retrato, ó de recogerse en su propio recuerdo, habia acabado por tener constantemente á la vista la imágen de su madre, doble imágen de doble expresion; la del retrato, admirablemente tranquila, y la de su recuerdo, animada de

un dulcísimo sentimiento y que parecia decir:

— Niños, Dios no abandona jamas á sus criaturas.

Culpándose entónces de no trabajar bastante, cesaba en la contemplacion interior de la imágen de su madre, ó en el estudio del admirable retrato, y trataba de reproducir en el lienzo alguna vista tomada de la naturaleza.

¡ Ah! Abandonada á sí misma, incierta, vacilante, sus progresos le parecian casi nulos y apoderábase de ella el más profundo desaliento, considerando que áun le faltaban largos años de estudio para poder presentar obras dignas de atencion.

Vencida entónces por una fatiga que temia fuese infructuosa, abandonaba el caballete y volvía á orar delante del retrato de su madre.

Un dia que, despues de haber inútilmente intentado pintar un país de abanico, se sentia mucho más abatida que ántes, cogió un lienzo y se puso á delinear maquinalmente una figura, pensando qué sería de ella y sus hermanos cuando, agotados sus recursos, solamente su trabajo fuese la esperanza de todos.

Continuaba pintando, casi sin darse cuenta de lo que hacia, cuando Marcela, que seguía con los ojos to-

dos los movimientos del pincel, exclamó:

— Mauricio, Pablito, venid aquí, que Julieta está haciendo el retrato de mamá.

Los niños se acercaron y oyóse un grito unánime de admiración.

— ¡Cómo se parece! exclamó Mauricio abrazando á Julieta. Parece que estás viendo á mamá.

Esta frase hizo profunda impresión en la novel artista. Miró con atención el boceto que había comenzado sin saber lo que iba á hacer, y también se asombró de haber reproducido tan fielmente y hasta en sus menores detalles los rasgos adorables que el recuerdo, más que la contemplación frecuente del retrato, había grabado en su memoria. Lo que había hecho no era una copia servil del retrato; era la imagen grabada en su corazón.

Impresionada en vista de este primer boceto, propúsose continuarlo y acabarlo, y así como en toda otra clase de trabajos había hallado dificultades insuperables, en éste todo lo encontraba fácil. ¿Quién dirigía su mano tan seguramente? Su corazón y su memoria, sin duda; pero al mismo tiempo le parecía que una influencia misteriosa la conducía por aquella senda de progreso, y la idea de que su madre misma era quien la inspiraba, como otras veces, le dió tanto aliento y tanta fe, que no recordaba haber pintado nunca con tanta espontaneidad y con tanto gusto.

En pocos días el trabajo avanzó rápidamente, porque se hacía sin va-

cilación y sin miedo. Y de cuando en cuando oía con la mayor satisfacción las vocecitas de sus hermanitos que decían:

— Es mamá, es mamá... ¡Qué guapa era mamá!

— Parece que se rie porque nos ve aquí á todos juntitos mirándola.

— Bien se conoce que está en el cielo. Parece una santa.

Estas sencillas y oportunas reflexiones alentaban á Julieta, que conocía lo observadores que suelen ser los niños.

— Así estaba, decía á sus hermanos, el día que tú, Marcela, querías una muñeca, y vosotros, Mauricio y Pablo, juguetes y libros.

— Es verdad, es verdad, respondían los tres niños, bien nos acordamos.

— Sí, afirmó Mauricio, que, mayor que los otros, podía acordarse mejor; así estaba delante de su cabellete, con la cabeza vuelta hácia nosotros y llamándonos. ¡Pobre mamá! ¡Pobre mamá!

Viendo á los niños entristecerse, Julieta les abrazó, porque no olvidaba nunca sus deberes de madrecita de sus hermanitos; y después de haberles consolado, díjoles que fuesen á jugar para que la dejaran terminar el retrato.

— En verdad, pensaba, que me parece que el retrato no está mal; pero ¡ay! hace ya diez y ocho meses que tengo que cumplir los deberes que me confió mi pobre madre, y todavía no he ganado nada.

Quedó un momento pensativa, y luego se dijo:

—El pintor que hizo el retrato de mamá tiene una gran reputacion. Quizás podria yo ir á presentarle mi obra y él me diria si podré llegar á hacer algo de provecho.

Persistiendo en esta idea, la comunicó á la anciana ama de gobierno, que pasaba de la admiracion al entusiasmo, y del entusiasmo al fanatismo, cada vez que miraba el cuadro de la hija de su querida señora. La buena Marta calculó que para presentarse dignamente la señorita en casa del gran artista, necesitaba al-

gunas prendas indispensables, y de los recursos que áun quedaban tomó lo preciso, y todavía habia para comer y pagar la casa durante siete ú ocho meses.

Llegada la víspera del dia en que habia de ir á presentar su obra, reunió á sus hermanos delante del retrato de su madre, y todos rezaron por el alma buena de aquella excelente señora.

(Se continuará.)

ISABEL DORÉ.

## LA MÁS LARGA AUSENCIA.

EN LA MUERTE DE MI HIJO.

Enfermo está un pobre niño :  
Sus padres mueren de pena,  
Mientras los ángeles bajan,  
Llenos de gozo, á la tierra.  
Desesperados esfuerzos  
Por el niño hace la ciencia,  
Y la corona del mártir  
Ciñe su rubia cabeza,  
Tejiendo espinas y flores  
El martirio y la inocencia.

.....  
.....

Cuando, nuncio de la aurora,  
Susurra una brisa fresca,  
Y el lucero matutino  
Con viva luz centellea,

De ángeles gracioso grupo  
Cruza la region inmensa  
Del firmamento azulado,  
A traves de las estrellas.  
A un ángel de vuelo tímido  
Apoyo sus alas prestan,  
Sonríenle con ternura,  
Y léjos, muy léjos vuelan.

.....  
.....

Al brillar el nuevo dia  
Un niño falta en la tierra.  
¡Tocan por él! ¡No lloradle!  
Que es á gloria, y está en ella!

G. P.



# LOS NIÑOS,

## REVISTA DE EDUCACION Y RECREO.



En el número próximo vamos á comenzar la publicacion de una de las mejores obras de la Condesa Segur. *Blasillo*, que así se titula, será seguramente muy del agrado de nuestros lectores. La ilustraremos con bonitos grabados.

Pedimos perdon á nuestros lectores por el retraso con que se reparten Los Niños hace tiempo. Los grabadores tienen, por fortuna, muchos trabajos para otras publicaciones, y suelen retrasarse contra su voluntad. Consideramos que en una publicacion como Los Niños el retraso en el reparto puede dispensarse mejor que en publicaciones periódicas de actualidad.

